

TRAVESÍAS EXPERIMENTALES CON LA SUBJETIVIDAD

Vicente Fernando Salas Salazar
Sociólogo

Como en un libro, la historia cultural de nuestros pueblos está narrada y sin advertirlo; se cuenta con un infinito número de líneas; las unas de articulación, de segmentaridad, de estratos y territorialidades, las otras y de las que ocasionalmente nos ocupamos, de desterritorializaciones y de desestratificaciones. Mientras que con estas evidenciamos fenómenos de precipitación y ruptura, aquellas continuarán fingiendo fenómenos de retraso relativo. Lo que ahora les cuento, aquello que voy a narrarles a continuación vino a mi por un ligero espionaje por esas líneas de desestratificación y desterritorialización, por esos espacios de precipitación y de ruptura en el corpus de las Ciencias Humanas; al intentar Arqueo logizar la Vida, el Trabajo y el Lenguaje.

En este orden trataré de mostrar un acontecimiento que gravita sobre el eje de dos devenires; el devenir teleológico y el devenir discontinuo; aquel, fiel a la segmentaridad, la articulación y el retraso relativo, este otro, propio de la desterritorialización, la precipitación y la ruptura, aquel, identificado con el anillo del adentro y aquel otro con el anillo del afuera, este; propio del pensamiento Rizoma, aquel del pensamiento arbóreo. Sustentar este acontecimiento y demostrarlo requiere necesariamente una experiencia encendida por la chispa de un método, un método del afuera que rompa el devenir teleológico, el anillo del adentro y el pensamiento arbóreo; un método

quizá en clave Foucaultiana que "haga visible un a priori histórico de nosotros en conjunto y en función a la verdad a través de lo cual nos constituimos en sujetos de conocimiento. Un a priori histórico de nosotros en relación al campo de poder en función a que a través de él nos constituimos en sujetos que actúan sobre otros sujetos. Y un a priori histórico de nosotros en relación a la ética a través de lo cual nos constituimos en agentes morales."

Hacer visibles y narrables las discontinuidades, fragmentar la mirada única y restrictiva del proceso de regionalización, pasar del territorio estriado, fragmentado y sobre codificado; a las territorialidades lisas, planas; de corpus sedentario a corpus nómada, de la cifra al diagrama y de lo arbóreo a lo rizo mático. Hacer hablar las humanidades desde la oscura e interesada ingerencia de los pioneros de la Economía Social en la existencia de las clases populares, en el escenario de los Hospitales, las cárceles, la dominación corporal, el campo, la dominación territorial, las cotidianidades, hacer visibles y enunciables los lenguajes ancestrales, confrontar el adentro con el afuera del pensamiento. Esto es, hacer una arqueología de la Vida, el Trabajo y el Lenguaje.

Romper el hilo de las teleologías, la segmentaridad, la articulación y el retraso relativo por intermedio de estos A Priori Históricos; es traer a la superficie y al estatuto de la Humanidad una condición de realidad, de emergencia, coexistencia y dispersión por los códigos fundamentales de la cultura, aquellos códigos que instauran sus lenguajes y definen sistemas perceptivos, agencian cambios, técnicas, valores y transgreden prácticas; fijando para cada ser Humano sus ordenamientos empíricos con los que tendrá mucho que ver y dentro de los que le es pertinente reconocerse.

Veamos que tras la vida de las estirpes condenadas a cien años de soledad se hizo visible y para fortuna enunciable; una realidad llena de fenómenos y acontecimientos que precipitaban y rompían la teleología trayectoria de los pueblos coloniales, lenguajes estos del adentro del pensamiento, líneas de fuga que cuentan nuestras historias como si fueran acontecimientos de la imaginación. En los gigantescos espacios lisos de la Ciudad Real que se mueve al decir de Ángel Rama en el campo de los significantes y los encadenamientos lógico gramaticales se precipita la Ciudad Letrada actuando en el campo de los signos y anillo protector del poder y ejecutor de sus

órdenes. En la gran aventura de Cortázar se perfila la infinitud de un día por la majestuosa travesía de ochenta Mundos. Como en un libro madriguera y rizoma la historia cultural de nuestros pueblos se cuenta y se narra; un libro con una multiplicidad de líneas. Las líneas de Macondo que cuentan la Vida, el Trabajo y el Lenguaje de la descendencia Buendía no es sino haciendo una arqueología de nosotros mismos cuando nos permiten decir lo indecible en las infinitas andanzas con la subjetividad.

PRIMERA TRAVESIA

LAS LÍNEAS DE MACONDO

Fue como en el mes de Septiembre de este año. Ah! y por cierto, había estado todo lleno de sorpresas y de muchas expectativas; así fue como me llegó una oferta de trabajo; esto en virtud a que forzosamente había yo tenido que dejar mi anterior empleo. La oferta no era muy seductora desde el punto de vista social y político, pero sin duda maravillosa desde el punto de vista regional y cultural ya que debía de desplazarme y radicarme en el Departamento del Putumayo, sur occidente de Colombia. Departamento por lo que yo sabía, ordenado geográficamente en tres grandes regiones: El alto Putumayo, asentado sobre el valle de Sibundoy, compuesto de los pueblos de Santiago, Colón, Sibundoy, San Francisco. Vecinos de la ciudad de Pasto y puerta de entrada a la Amazonía colombiana. El medio Putumayo, pie de monte amazónico cuyo principal centro de confluencia es su ciudad capital del Departamento, Mocoa y el bajo Putumayo, punto de atracción para la aventura humana y escenario de leyendas de vida y de muerte.

Por lo que había yo escuchado de todo este departamento sitiado a puertas de la Amazonía Colombiana; los comentarios no eran buenos pues se asociaba a ello toda una serie de catástrofes humanas asociadas con la violencia política y cultural, escenario de grupos al margen de la ley, paraíso de cultivos ilícitos y de la justicia sin Ley y en todas las órdenes de la vida

se me venía a la mente como si me toparía con un campo de concentración donde ni siquiera era posible asomarse a la puerta de su propia casa; y esto poco a poco se iba llenando de mas terror cuando llegaban los consejos familiares; siempre he pensado que la realidad es más o es menos de lo que los comentarios bien intencionados pretenden, además porque esos consejos familiares se acompañaban de historias fantásticas y a decir verdad esas fantasías contadas con asombro guardan entre líneas y por sus bordes todo un "realismo mágico" que sin dejar lugar a duda era lo más interesante; así que tenía yo una sana curiosidad por estas lejanas tierras llenas de misterio y por todas las recomendaciones habidas preparé mi viaje, rumbo a lo desconocido, a lo impredecible; camino a la majestuosa Amazonía, al Pie de Monte Amazónico; a la tierra que trasnochaba el indómito espíritu de las juventudes, donde la aventura se hace cómplice de la fortuna; donde la tierra produce recursos lo suficiente como para cambiar la historia, allí donde el derecho le hace honor a la costumbre y esta se hace ley; por allá donde los Hombres se convierten en Tigres y Jaguares, donde a los Árboles les hace guardia una serpiente que es de su tamaño, donde a los niños los pone a dormir el canto de un ave, donde a los recién nacidos se les escupe el ombligo para que no se mueran temprano y tengan una larga vida y donde a las plantas florales las abonan con dinero.

Tierras donde te puedes quedar perdido y sentir que desfalleces al amparo de unos gigantescos árboles que te pueden servir de eterno sarcófago o simplemente donde las hormigas coloradas aprovechando cualquier humano descuido y sin advertirlo, se pueden devorar un ser humano; tierras donde las montañas llegan hasta el cielo, donde los ríos se hacen invisibles, donde los hombres adivinan el futuro y donde se curan todas las enfermedades; tierras donde los Pájaros son de todos los colores y hasta de los colores ocultos del Arco iris, donde con el agitar de una planta se desvía las tormentas, donde las mujeres se hacen mujeres pariendo sus hijos apenas entrando a la pubertad y donde las que no desean tener mas hijos planifican comiendo pepa de aguacate. Allí donde las cocinas de leña y carbón y el hollín constituyen la más sagrada sala de partos, porque en este sitio es donde se preparan y de donde surgen los acontecimientos públicos de la vida en comunidad; allí las mujeres dan a luz a sus hijos sosteniéndose de una sogá que pende de una biga sobre lo cual descargan sus fuerzas y traen al mundo a una criatura en el sitio ideal y como legado de que a ese nuevo

ser de la familia no le faltará nunca la unidad familiar sustentada sobre la base de la comida; por eso y como símbolo de unidad y de prosperidad, justo allí en ese pedazo de tierra donde se sembró la primera placenta del primer hijo, donde se descargaron los primeros pujos y de donde floreció la sagrada familia, allí se entierra la placenta.

Tierras donde la gente no envejece porque el tiempo se detiene y parece que no pasara. Lugares donde los caminos conducen a todas partes y claro también te pueden llevar a la guarida de la Danta y el Tigre, o al nido del Águila y el Quilily.

Sitios estos donde en las Iglesias una vez al año en la fiesta de san francisco se celebra misa a los animales que son conducidos al Templo por los Feligreses. Sitios donde a las bancas de la iglesia se las marca con los apellidos de los habitantes del pueblo y donde en un restaurante los perros como fieras enjauladas y hambrientas se devoran los granos de arroz que los comensales desprevenidos dejan caer. Lugar este donde apenas lloraron la muerte de Gaitán y otras personalidades ilustres un día después de su entierro; tierras estas en donde en verdad se vive la vida y se reconstruye el País un día después. Tierras en donde los acontecimientos del interior del País como hechos noticiosos se leen en los diarios uno y hasta dos días después de que suceden, se leen y debaten con tanta pasión que parecen sucesos detenidos en el tiempo. Lugar donde se iluminaron las calles y las casas de la ciudad; apenas entrando al siglo XXI (1996). Porque, como dijo el anciano, el oscuro tiempo se resistió y aún se resiste a revelar la intimidad de sus secretos, y no quiere la luz porque muere el misterio. Nosotros somos misterio, hijos del misterio, concebidos con misterio y paridos con misterio y no queremos morir huérfanos de misterio. Tierras donde las tragedias humanas pasan y se olvidan en poco tiempo porque este tiempo no le concede espacio a la memoria; porque a saber, aquí también tuvieron sus propias históricas tragedias, su propia "masacre de las bananeras". Aunque tengamos que recordarla por la imaginación y el testimonio literario. En una época en que la Quina y el Caucho eran fuente de explotación y de riqueza; las multinacionales en su desenfrenada ambición por la riqueza natural y en la necesidad de conseguir por toneladas la Quina y el caucho para dirigirlo al mercado internacional necesitaron mas de cincuenta mil vidas de indígenas de diferentes grupos entre otros secoyas,

sionas, boras y uitotos; sumado a ello, casi el total de la población indígena esclavizada.

Tomando un testimonio de primera mano de la revista credencial pude memorizar y recordar que en un censo del año 1849 se estimaba la población de racionales, como se conocía a los funcionarios, comerciantes y colonos de la región en 242 personas; los indios civilizados, es decir; aquellos que de alguna forma habían ya sido objeto de la perversa influencia de las misiones católicas, y localizados sobre todo en el alto putumayo; se estimaban en 16.549. Sin embargo, la mayor parte del territorio estaba habitado por personas que los censos describían de forma etnocéntrica como "salvajes, antropófagos e irracionales." Grupos que vagaban por el bosque y cuyo número realmente se desconocía. Siguiendo el curso de la memoria se sabía que en el río Putumayo se mantenía un precario e incipiente comercio fluvial, fundamentalmente alimentado por los escasos productos que los indios de Sibundoy llevaban por los estrechos senderos que irrumpían por la cresta de la gran montaña; sumado a ello, los comerciantes portugueses que ascendían el gran río practicando el comercio de esclavos indígenas y que luego vendían a las aldeas Brasileñas del medio Amazonas.

Vino luego la fiebre de la quina y esta relativa tranquilidad se vio afectada sobre manera ya que "desde 1850 a 1882 se apoderó de diversas regiones de Colombia. En 1878, la casa Elías Reyes y Hermanos inició operaciones en el piedemonte colombiano, en una vasta región que abarcaba parte de la bota caucana y los ríos Caquetá y Putumayo. Con la ayuda de indígenas de la región y trabajadores migrantes del Tolima, Nariño y Boyacá, derribaban los árboles de Quina y extraían su corteza. Mocoa era el epicentro de su actividad; aquí se concentraba la Quina, antes de que sea transportada a lomo de indio hasta puerto Sofía, con el fin de enviarla en barcos de vapor con destino al Amazonas."

Así se había iniciado una más de las grandes catástrofes humanas, en el Amazonas la fiebre del Caucho había empezado algunas décadas atrás, cuando en tierras del Brasil ya se había iniciado la explotación del látex de Siringa (*hevea brasiliensis*), de modo que no tardó en la Amazonía Colombiana de organizarse una basta red de extracción y distribución del Látex a través de una particular forma económica de recuerdo colonial, El

Endeude. El cual consistía en que “una familia se encargaba de extraer el látex por medio de incisiones en la corteza del árbol. Debido a las condiciones ecológicas del bosque, los árboles de caucho se encontraban relativamente dispersos, de manera que el Siringuero recorría diariamente diversas trochas para obtener su producto. El trabajador debía entregar la goma a un patrono, llamado Siringalista, quien había asumido el riesgo de adelantarle al trabajador alimentos, mercancías, medicamentos y herramientas con la promesa de obtener en retorno el Caucho. A su vez, este empresario se había financiado mediante una deuda contraída con una casa mayor, a la cual a su vez debía entregar el producto. De esta forma, unas pocas casas controlaban finalmente la operación y se encargaban de vender el látex a ciertas empresas exportadoras localizadas en la ciudad de Belén de Pará, en las bocas del Amazonas.

Debido al deterioro en el comercio de la Quina y la profunda crisis de sus comerciantes estos y muchos caucheros que habían recibido el reflejo de esta crisis se vieron forzados a emprender una ola migratoria hacia el interior en busca de nuevas reservas caucheras y con el propósito de emprender una nueva ola de explotación en el oriente colombiano; así que, en el este del río Caguan, entre los ríos Caquetá y Putumayo muchos Caucheros encontraron una verdadera tierra promisoría; no solo por la reserva natural que ofrecía ser una extraordinaria fuente de explotación de látex debido a la existencia de una variedad de especies del caucho inexplorado hasta la fecha; sino porque, se encontraron con un sin número de comunidades indígenas que no habían tenido contacto con la civilización y que como mano de obra podían fácilmente ser enganchadas en la explotación del látex. De esta forma “diversos caucheros penetraron a los ríos Caráparaná, al alto Cahuinari e Ingaráparaná, fundando barracas y campamentos para la explotación del Caucho con la ayuda de los indios”.

Estos eran los indios Uitotos, que por lo general vivían en malocas o casas colectivas, practicaban la agricultura, la caza y la pesca y gran parte de su tiempo y actividades las dedicaban al ritual y las ceremonias, practicaban diversas lenguas; Uitoto, Andoque, Bora, Nonuya entre otras y como era lógico, desconocían el español.

Para 1901, un comerciante peruano que había conocido ya el Putumayo

por sus prácticas mercantiles y relaciones con los caucheros de la región y quien se había percatado del potencial de la región y la facilidad de comunicación que el Putumayo representa en el contexto del Amazonas. En 1903 fundó la casa Arana y Hermanos, sobre la base de la compra de la colonia indiana "la Chorrera", iniciando así la expansión de una empresa que no dudó en utilizar hasta la fuerza con el apoyo de los militares Peruanos quienes ejercían presión sobre la zona fronteriza que estaba en disputa entre Colombia y el Perú; de manera que con todas las garantías la instalación y ocupación, la casa Arana se constituyó como principio y derecho de soberanía. La empresa se organizó en dos grandes distritos cuyos centros principales eran los barrancos del Encanto y la Chorrera; de este dependía la jurisdicción de todos los barrancones de los ríos Ingaráparaná y Cahuinari y sus afluentes principales; mientras que del barrancón del Encanto dependía la extracción del caucho en el río Caráparaná y sus principales afluentes. "la explotación del caucho natural se organizó en diferentes secciones vinculadas entre sí por trochas y caminos, o por el río. En cada una de estas secciones o barrancones vivía un capataz con un grupo de "rationales" y algunos "muchachos de servicio" jóvenes indígenas al servicio de los caucheros. Existía también un pequeño grupo de gentes de color traídas de barbados, que hacían de vigilantes y cocineros, entre otras labores. De cada una de estas secciones dependían diversas comunidades indígenas, las cuales a través de su jefe o capitán se encargaban de extraer el caucho y llevarlo cada 15 o 20 días a la sección. El barrancón estaba conformado por casas de pilotes con techos de palma, en las cuales vivían los capataces y su personal, en la parte baja de la casa se guardaba el caucho, mientras era transportado a la Chorrera o al Encanto, desde donde se desplazaba a Iquitos o Manaos. En el ámbito del campamento también sobresalía el cepo, y la casa de muchachos, una especie de Maloca donde estos residían."

En este contexto y bajo estas condiciones era evidente el régimen de terror, esclavitud y explotación humana que se había instaurado en la región bajo la acuciosa misión de la casa Arana que para el año de 1907 era percibida como un modelo de empresa; en efecto, ese mismo año su nueva razón social era; Peruvian Amazon Company, con sede en Londres. El comerciante Peruano que había visto en su paso por el Putumayo la patria de su gran sueño; Julio César Arana no solo ya era un prospero cauchero sino que en efecto era ya un verdadero hombre de Patria. Nada ni nadie podría entrar al

territorio del Putumayo si no fuera en sus lanchas porque él contrataba hasta los militares y los jueces de paz; allí en realidad el estado era el señor Julio César Garana.

Para fortuna de muchos y la desdicha de otros, en 1907 un ingeniero norteamericano W. Hardenburg, de paso por el Putumayo, tuvo la ocasión de presenciar un asalto a mano armada de un centro cauchero Colombiano por las huestes de la casa Arana apoyadas por el ejército Peruano; de esta forma fue testigo del mal trato a que eran sometidos los indios y del régimen de tortura que les imponían. Dos años después el periódico Londinense Truth publicó el testimonio que estremecería tanto a la humanidad y que pasaría por ser un acontecimiento de la imaginación para una gran mayoría; la publicación llevaba el título de: "El paraíso del Diablo" donde el ingeniero narra en detalle sus observaciones acompañadas de múltiples relatos y testimonios que había recogido durante su viaje y su estancia en Iquitos. Denunció la existencia en el putumayo de un verdadero régimen de esclavitud donde los indios eran forzados a trabajar, sometidos a torturas en el cepo y al látigo, expuestos a hambrunas y las pestes provocadas por las precarias condiciones de trabajo. Ahora que escribo estas líneas y lanzo la mirada a las fotografías quedo sin respiro al observar indígenas Uitotos, niños, sometidos a trabajos forzosos y en condiciones inhumanas. Colonos al servicio de la casa Arana con sus vestidos de conquistadores rodeados de indígenas casi desnudos, el cual se goza de poder ante la inocencia de los niños. Algunos indígenas están enclaustrados y sobre sus cuerpos lánguidos y deshidratados, sobre su cuello, sus manos y sus pies se vierte una gran cadena; la foto titula: «indios caucheros encadenados». En una hamaca una mujer indígena condenada a muerte por hambre con su piel reseca y pegada a los huesos yace sin vida como testimonio de la crueldad de la multinacional. Imágenes que sólo podrían compararse a lo sucedido en los campos de concentración Nazis; solo que con nuestros pueblos indígenas en la Amazonía Colombiana asediados por el espíritu mercantil de las multinacionales sucedió casi 40 años antes del holocausto de la segunda guerra mundial.

Luego de la publicación del documento "el paraíso del diablo" el gobierno Británico delegó a Sir. Roger Casament, Cónsul inglés en Río de Janeiro para que adelante las investigaciones del caso, quien luego de verificar personalmente los hechos y recoger testimonios de primera fuente

afirma: "los indios eran forzados a extraer el látex; si no entregaban las cuotas exigidas por los caucheros, eran castigados en el cepo, flagelados y torturados. Por medio de las "correrías" eran enganchados por la fuerza y la huida era penalizada con la muerte... el régimen de trabajo era un verdadero sistema social fundado en el terror, y provocaría el genocidio total de los indios, si no se tomaban las medidas correctivas adecuadas lo antes posible."

En 1912 una comisión del Parlamento Británico abrió una investigación pública con el objeto de determinar el grado de responsabilidad de los directivos de la Compañía. Así uno a uno los protagonistas del genocidio en el putumayo fueron llamados a declarar, entre ellos el gerente general Julio César Arana. No obstante, el estallido de la Guerra Mundial desvió el tema hacia otros propósitos. La Casa Arana sobrevivió hasta finales de los años 30 y pocos años antes del conflicto Colombo - Peruano (1932) la casa Arana desplazó masivamente la población indígena que había sobrevivido a la hecatombe cauchera a los lados del Perú, dejando prácticamente desolada la gran tierra de la Amazonía Colombiana violentándola con el rapto final de sus hijos; quizás porque la ratificación del tratado Salomón - Lozano era un acontecimiento inminente.

Así trascurren las vidas en estas tierras de misterio, lugares Macondianos atrapados en el tiempo, sin derecho al testimonio, huérfanos de Patria, prolíferos de evangelio, prisioneros del pasado sin derecho al recuerdo, ignorados por la historia, olvidados por la crónica, desterrados del papel, censurados de palabra, cautivos sin memoria, victimarios del futuro.

Así Partí con mucho entusiasmo a este lejano recorrido y después de tres horas de viaje llegamos a unos pueblos muy agradables y hospitalarios, todos los viajeros que por cierto éramos bastantes, deberíamos comer algo por orden del señor conductor; yo lo interpreté como preparación ya que en proyección de la ruta y delante de nosotros se perfilaba para la travesía una colosal cordillera. Se perfilaba en el horizonte desafiante y resistente a las intenciones humanas así que tomamos el rumbo a la cordillera por una carretera que en la mayor parte de su recorrido por el ancho apenas alcanzaba el autobús y que al lado izquierdo al fondo se observaba un abismo que parecía un camino al centro de la tierra adornado con un frágil cordón de plata; luego supe que se trataba del majestuoso río blanco, con seguridad la

carretera que nos conducía de Pasto a la capital del Departamento del Putumayo por su condición pensé que no habrá tenido muchos cambios desde que nuestros héroes de la Guerra con el Perú la construyeron y sin temor a equivocarme después de casi un siglo pensé que si pudiéramos hacer que uno de estos héroes recorriera esta trayectoria con seguridad pensaría que la Guerra aún no ha terminado; con certeza, tal vez encontraríamos más tragedia humana, si pudiéramos hacer que esta carretera narrase las aventuras de sus transeúntes que lleva casi medio siglo de guerra civil en nuestro País.

La iconografía escrita en la geografía de la montaña y en la memoria del pueblo narra estos acontecimientos; los veo pasar tan de prisa en la expresión del narrador que parecen reflejos inconscientes e involuntarios.

A lo largo de toda la ruta y como testimonio de lo que acontece, a media altura e incrustadas en las paredes de la gran montaña, como haciéndole una irreparable herida cobrando venganza en tributo a la memoria del caído, están encalladas las cruces en homenaje de aquellos que hacen mito en la travesía; centenares de cruces algunas de ellas petrificadas por el tiempo y poseídas por el musgo como muestra de que han perdido el derecho al recuerdo. Otras ruseas y balanceándose al filo del abismo expresando su vejez manifiesta con un mensaje en agonía, otras muy frescas que escriben un nuevo episodio en el epílogo de las nuevas generaciones, hay muchas de ellas reacomodadas improvisadamente por algún compadecido que a su capricho hasta las cambia de lugar y les asigna otro suelo y que con seguridad se compadece porque también quiere preservar la esperanza de ser compadecido. Algunas capillas de tamaño reducido ubicadas en las zonas de mayor desastre humano han copilado el recuerdo de muchos como receptáculos de memorias y esperanza de retorno. La muerte fatal provocada por la aventura de la vida está escrita a lo largo de todo el recorrido pero está olvidada por la memoria de los viajeros. Una aventura cotidiana convertida en santuario, escrita por centenares de estaciones encarnadas en la columna de la gran montaña y recitada sin conciencia en el evangelio de la vida.

Casi cuatro horas después de partir de los hospitalarios pueblos y de terminar el viaje con éxito dejando atrás como alimento para la cordillera

todo un cúmulo de temores, impresiones y recuerdos, llegué a mi destino preparado para asumir el nuevo reto que a la vida había llegado.

Era un ciudad muy hospitalaria; completamente diferente a cuanto yo habría podido imaginar, de un clima muy cálido mezclado con una abundante humedad territorial, rodeado por gigantescas montañas y muchos ríos que atraviesan la ciudad abriéndose camino a la llanura; al otro extremo, una infinita llanura boscosa que le hacían guardia a la ciudad, según me contó el anciano que parecía tener tantos años como los de la montaña. Le hacen guardia la montaña y la llanura me dijo, esperando a que nos descuidemos para tomar el pueblo, arrebatarnos nuestras tierras, invadir nuestras casas y hacer suyo nuevamente lo que un día le quitamos; le hemos hecho tanto daño a la montaña que un día ella vendrá y pasará sobre nosotros para unirse a la llanura.

SEGUNDA TRAVESIA

UNA EXPERIENCIA CON EL AFUERA

Ya en diversas ocasiones y luego de una considerable estancia en la ciudad, había tenido el agrado de conocer a una señora extraña por su apariencia, su forma de vestir, su manera de mirar, su particular modo de dirigirse a los demás. Tenía una ligera mezcla de indigenismo y hipismo; asociada con una exagerada amabilidad que provocaba un impulso de temor y empatía a la vez por quien trataba con ella. Esta dualidad propia de la naturaleza humana que nos transporta a una infancia donde queremos ver sin ser vistos y que nos hace recordar nuestras inocentes travesuras, no podía tener otra explicación sino, curiosidad.

La señora P, de larga y gruesa cabellera, un poco grisáceas por los años tal vez, sus inquietos ojos agigantados por sus pronunciados pómulos y su amable sonrisa que parecía una trampa para capturar incautos, sin duda tenía sus ancestros indígenas; llevaba siempre vestidos muy largos y coloridos dando la sensación de que estaría borrando con el filo a veces deshilado, la huella de sus infinitas andanzas. Su aspecto, modos vivendus, y en especial esa forzada actitud mezcla de lo tradicional y lo moderno ayudada con una alta dosis de misterio delataban su profundo deseo de verse diferente ante sus semejantes. Me dijo en una ocasión que también sabía leer las cartas. Así es como muchos de ellos llevan sus vidas en el siglo XXI.

En una ocasión encontré a la señora P. en el sitio donde la conocí. Era la casa donde yo tenía una habitación en arriendo, fui invitado a la mesa en razón de que ese día celebraban el cumpleaños de una hija de la dueña de la casa; hablamos de todo un poco hasta que me di cuenta que la conversación era ya entre ella, la señora p. y yo, esto era normal pensé, ya que yo era para ella el único extraño. Después de mucho hablar, preguntas van y vienen dimos con algo familiar para ambos; ella habla de su esposo y justamente yo ya había escuchado de él en muchas ocasiones sobre todo en la universidad donde estos temas son muy comunes, le pregunté por él ya que sabía yo de sus prácticas chamánicas, le hablé de un familiar que por afecciones Psíquicas asistió a una de sus prácticas; ella pronto lo recordó, preguntó como estaba y luego de sugerirme que le haga volver me hizo saber que próximamente su esposo estaría en la ciudad y que tendría la oportunidad de asistir donde él para conocerlo, a lo cual no me resistí, a mi saber podía ser una buena oportunidad para conocer del tema del cual tanto había leído y escuchado.

Era un día viernes 25 de Octubre del año 2002, yo estaba en mi oficina y eran como las 3:30 de la tarde, la temperatura realmente era alta, sofocaba y hacía tanto calor que el ventilador parecía agitarse de tanto dar vueltas, enviando ráfagas de viento fresco al entorno; y de aquel cumpleaños fecha de la tan agradable reunión habían pasado 8 días. La señora p. me encontró y con su inconfundible fenotipo que no dejaba ni lugar ni espacio a la defensa, como lo habíamos acordado me hizo la invitación ya que sé había programado para el día sábado una ceremonia indígena, era un ritual chamánico para lo cual me sugirió:

“me gustaría que participe doctor, la experiencia es muy bonita y el remedio está muy bueno aprovechando ahora que está Lucho por acá.”

Como ya lo había pensado no dudé en confirmarle mi asistencia; bueno, ahora tendré la oportunidad de conocer al tan nombrado, don Lucho. Le pregunté, cómo debía asistir y muy contenta me dijo:

“haber doctor, no hay que comer mucha comida, comidas pesadas después del medio día; o sea, hasta las 12 del día sábado coma normal, luego deberá tomar solo líquidos hasta el siguiente día que pase la ceremonia.”

Líquidos compuestos me dijo. Debería estar como a las 7 de la noche en la Maloca, ella me dio las indicaciones para llegar al sitio de la reunión y

por supuesto me recomendó llevar una cobija. Esto me hizo pensar; una cobija aquí en semejante clima será para asfixiarse, si para dormir basta con una sabana muy delgada, considerando esto había tomado la decisión de no llevarla. Esto haciendo uso de esa soberbia intelectual muy común en los humanistas. Estaba exaltado por el acontecimiento que se llevaría a cabo el sábado en la noche; ella me habló de muchos invitados y algunos de ellos de muy buen nivel cultural, claro que esto es normal en esta práctica; lo exaltado se debía a que mi formación académica me había permitido controvertir muchas de estas cosas, y siendo lo que soy; este sociólogo estaba a menos de 24 horas para entrar a un campo de batalla. Razón suficiente para hacer lo que debía hacer. Esa noche me preparé, reflexioné bastante y hasta confieso que de mucho reflexionar sentí un ligero temor que se fue disipando cuando supe en realidad que esa era mi primera vez en la práctica. Por fortuna, todos sabemos de este temor porque no se puede exceptuar en la vida de un ser humano una primera vez sin esa sana sensación.

Siendo fiel a los requerimientos exceptuando aquello de la cobija, llegué allí como a eso de las 6:50 de la noche, un poco temprano; por fortuna una mujer adulta ya, hija de la señora que me arrendaba la pieza, la homenajeadada en la fiesta de cumpleaños el día en que nos conocimos mejor con la señora P. Ella me acercó en su motocicleta y sin haber tomado la decisión de participar de la ceremonia terminó haciendo parte del ritual; la señora P. la convenció, y por la facilidad con que se quedó era notable su trayectoria en estas prácticas; luego me confesó que llevaba mucho tiempo participando de las ceremonias con don Lucho y otros Taitas y que lo hacía con propósitos puramente curativos; esta apreciación no me fue extraña ya que había deducido yo que en estas prácticas chamánicas participan las gentes con fines académicos; básicamente los del interior del País, otros por pura curiosidad y otros con finalidades medicinales, estos últimos eran básicamente de la misma región.

Estaba muy oscuro, la maloca estaba muy retirada de la ciudad como debía ser; había poca visibilidad, la señora P. salió a recibirnos con su tradicional sonrisa, pasamos al interior de la maloca y justamente nos presentó a su esposo el don Lucho. En el sitio había gente por todas partes, la mayoría estaban recostados sobre unos tabloncillos improvisados para la ocasión; era gente de todas las edades: campesinos, mestizos, todos lugareños, así los

definía su silueta dibujada por una agónica luz de una veladora. Admito que se los notaba cansados pero eso sí, no encontraron reparo en hablar de su experiencia, de su sensación, hablaban en un tono muy pasivo y reflexionaron sobre todo lo que estaba aconteciendo en el país, así sea torpemente y a mi juicio con muchas imprecisiones; con ellos me di cuenta que la experiencia era personal y no como yo habría creído, que tenía un sentido grupal. Esta gente insistía en lo agradable de la experiencia, en la bondad de don Lucho, en el sagrado misterio del remedio como ellos lo llamaban y en la misión de la planta sagrada; así pasaron algo más de una hora y yo seguía escuchando a esas personas que con una extraña felicidad revelaban un alivio espiritual como si acabaran de salir de una cirugía de conciencia. Eso a mi saber era extraño, pero para eso estaba yo en el lugar, para aprender de esa extraña combinación entre un notable cansancio corporal y una perceptible felicidad; ellos se vanaglorian de su participación en el ritual, de eso que los tenía fascinados y agotados.

Al cabo de un buen rato los lugareños decidieron marcharse y se despidieron no sin antes manifestar su infinito deseo de regresar cuantas veces estén dispuestos a recibirlos en la Maloca. Así es como llegué por primera vez a la Maloca de don Lucho; aquel extraño hombre que amablemente me recibió cuando su señora me presentó a él, como estaba tan oscuro hacía yo esfuerzo por poder definir su aspecto y hasta que mis ojos se habían adaptado a la tenue luz de la veladora pude identificar una silueta en aquel espacio un poco vacío ahora, puesto que apenas éramos cuatro los presentes y se esperaban más invitados. La silueta de don Lucho definía a un hombre relativamente joven, con derecho a equivocarme entre unos 50-55 años aproximadamente; ello fue sorprendente ya que esperaba encontrarme con un hombre de mucha más edad, con un anciano tal vez. Me dijo con una voz muy relajada, muy pasiva, que delataba una parsimónica personalidad:

buenas noches, usted es el antropólogo,
sí, le respondí para no interrumpir; dijo:
siga tranquilo,

Se alejó, se perdía en la oscuridad, no quería perderlo de vista pero a la luz de una veladora con unas tres zancadas se me desvanecía, entonces

imaginé que estaría preparando el material para la esperada ceremonia, yo solo escuchaba los ruidos al interior de la maloca producidos por don Lucho, el susurrar de la señora P. con la mujer de la fiesta de cumpleaños y el cántico nocturno de la fantasmagórica noche en asocio de sus insectos. Así, entre ruidos y murmullos pasó casi una hora, la señora P. seguía esperando el resto de invitados; en eso la mujer de la fiesta y yo creímos que era necesario encender más velas, lo sugerimos y así se hizo; ahora como todo tenía más luz esperaba el regreso de don Lucho que aún se lo escuchaba tras de unos maderos.

En un ligero descuido estaba junto a mí y me pidió que nos sentáramos para hablar, el interesante personaje que con su práctica cautivaba a una cantidad significativa de personas de todo el país se dispuso a hablar; empezó por preguntarme por mi formación académica, lo cual le había llamado la atención aunque estaba él equivocado puesto que no era yo antropólogo como él creía, luego supe que su fascinación se debía a que una hija suya había ingresado a estudiar antropología en la universidad de Antioquia y estaba fascinada con el trabajo de su padre y por supuesto decidida a perpetuarlo. Evidentemente su intención era conocerme, averiguar un poco de mi naturaleza humana y en esto hay que dar crédito por su experiencia; claro que yo también tuve mi parte, ya que como estábamos tan cerca y como ahora había mucha más luz pude detallarlo mejor. Era un indígena, Ingano por lo que me dijo de él, vestía como campesino de la época, tenía el cabello encrespado y abultado pero no lo llevaba largo, tenía un rostro redondeado, nariz gruesa y un poco achatada y descubrí que estaba desdentado en la parte frontal superior; su rostro definía a un hombre de trabajo con cierto ingrediente de cansancio y agotamiento expresivo en él, confirmé lo que su voz había develado en la oscuridad, esa parsimonia propia le daba un toque de misterio a su ser, lo retraía y lo convencía de la bondad de su práctica como me lo dijo a mí cuando hablamos de su trabajo, cuando me justificó su práctica en aras de traer el bien a toda la humanidad como él dijo. Me habló de las eras de la tierra, de la pacha mama, del inti, del gran espíritu chamánico, del devenir y el retorno, de la maloca universal y entre todo de su arte, de sus inicios, de sus experiencias a nivel físico y espiritual; todo con esa jerga, crudo en su expresión y esa lógica propia de un indígena aculturado que aún se resiste al embate de la modernidad.

Decidió cantar unas canciones propias al ambiente, por ello llamó a integrarse a la señora P. y a la mujer que me acompañó, comprendí que nuestra conversación había terminado por el momento; sacó su guitarra y empezó a cantar; la señora P. me pasó el tambor y a la mujer le dio don Lucho una maraca mexicana y empezamos a acompañarle; las piezas musicales eran propias del ritual según él, producto de la inspiración ceremonial, no se por qué pero yo le creí. Hicimos un improvisado cuarteto algo desafinado pero muy relajante, la música era adecuada, la Maloca conjugaba con el entorno, era muy natural; tal vez no me había dado cuenta pero cuando decidimos acompañar a don lucho con sus canciones en ese preciso momento creo que empezó la ceremonia, eran cerca de las 9:30 de la noche del sábado, yo esperaba la llegada de los demás invitados y sin embargo los esposos ya se habían resignado a realizar la ceremonia entre los cuatro y no esperaban más invitados para la ocasión. Don Lucho dejó un momento su guitarra y se apresuró a readecuar el improvisado entablado donde había yo encontrado recostados a los lugareños, me preguntaron si había llevado la cobija a lo cual respondí que no, entonces la señora P. me dijo que estuviera tranquilo ellos tenían algunas para la ocasión pero que debía entender que no podían estar muy limpias, yo respondí sin preocupación que ello no tendría problema que así estaría muy bien para la ocasión.

Pasadas las 9:30 dijo don lucho con su particular voz que armonizaba con el perturbado silencio de la noche "bueno, empecemos"; ahí me vino como un ligero escalofrío que al instante fue mitigado por esa voluntad con la que había tomado la decisión para asistir a la ceremonia, era esa desafiante fuerza interior de alguien que por primera vez experimentara algo muy novedoso y que no estaría dispuesto a dar ninguna muestra de debilidad o reversa a una decisión ya tomada; me mostré seguro. Nos reunimos en medio círculo rodeando una vieja mesa sobre la cual reposaban muchas cosas ocultas, don Lucho se aproximó y acercó una vela; en el instante empezó a arreglar la mesa.

Yo observé que sacaba de entre las cosas ocultas algunos objetos, también arregló unas plantas cuyas hojas secas y deshidratadas por completo debelaban años de uso; evidentemente eran objetos ceremoniales. Entre otros, rocas extrañas, muy extrañas, creo que deberían ser cuarzos de los

que jamás había yo visto; eran piedras de colores y con mucho brillo y entre ellas había una que más llamó mi atención, era una roca negra ovalada de unos tres centímetros de largo; cuando la colocó frente a la llama de una vela se observaba a través de ella, la luz le daba un tono achocolatado transparente y él me dijo:

“es la piedra del rayo” es la piedra que refleja su interior, replicó después; habían también en la mesa algunos instrumentos andinos; unas maracas, un tambor en cuero, había también un colmillo de Jaguar preparándose para dar sonidos de ocarina, presencié unas fajas en colores, pregunté entonces por la reseca planta, él me dijo: es la planta del viento “guairasacha” y aquella, la planta de luz, lo que hay en los vasos es agua de pétalo de rosa y lo que tengo aquí en la mano, que al mirar descubrí un tarro en plástico pequeño y un poco sucio, esto es la esencia de la planta sagrada, el camino del gran espíritu; este es el yagé preparado para esta ceremonia. Bueno, dije para mí, así que esta es la esencia que llena la imaginación de ese ancestral misterio y que había dado a estas personas tanta bondad.

Cuando destapó su tarro invocó unas oraciones en tanto silencio que no fue posible saber de qué se trataba, ya por su religioso gesto con la cabeza hacia arriba y las manos extendidas supe que rezaba; Preparó cuatro vasos con agua un poco mas arriba de la mitad y al instante con una cuchara sacó el espeso líquido, tan espeso que para dejar una cucharada en cada vaso tuvo que resbalar el líquido con su dedo, así repitió la operación hasta dejar una cucharada y media disuelta en cada vaso, selló muy bien el frasco y rezó nuevamente sus oraciones dando gracias al gran espíritu; nos alejamos de la mesa dejando los vasos en ella y justo debajo de la maloca nos hizo ubicar, él llevaba en sus manos la planta del viento y como él dijo se propuso a limpiar el lugar en dirección a los cuatro puntos cardinales y en cada uno de ellos movía lentamente su planta del viento en el espacio, de la misma forma como según nos contó había desviado una tormenta partiéndola en dos dejando a la muchedumbre que lo acompañaba en medio; libre de la lluvia y los rayos, aquí era como si estuviera ahuyentando con sus oraciones y en todas las direcciones; demonios apocalípticos, fuerzas y presencias de otros mundos, se llama la compañía del gran espíritu; se invoca la protección del gran chaman ancestral; del padre inti y paradójicamente escuché lo que nunca hubiera pretendido escuchar; invocó la protección de Jesucristo.

Pero qué hace un dios, un protector cuyo mensaje transgredió la cultura ancestral, en esta ceremonia indígena, fue lo primero que me pregunté.

Bueno, así es como pasan las cosas, la misión arqueológica nos dice que debemos articular el sistema de conexiones en un conjunto, en una multiplicidad de piezas y pedazos a la vez teóricos y a la vez prácticos. Esos son los espacios que para la causa cuentan, la mirada se desvía ahora a esos territorios desterritorializados, a esas culturas agujereadas, perforadas por otras culturas, así es como se expresan las gentes en este Quirófano donde se le practica con severidad cirugía a la conciencia.

Vale la pena hacer aquí una reflexión de método sobre estas líneas del afuera que permiten hacer una lectura rizoma de múltiples direcciones en esta realidad cultural escrita en un libro cuyas páginas como el demonio feliz de Arguedas recorreremos con libertad transmutando identidades. Gilles Deleuze y Félix Guattari, en un irremplazable texto, publicado por Pre-Textos Ediciones, en 1994; con el título de Mil Mesetas, Capitalismo y Esquizofrenia, describen estos acontecimientos con tanta claridad que sus apreciaciones tienen la virtud de ser Universales; yo leí estos renglones "en un libro, como en cualquier otra cosa, hay líneas de articulación o de segmentaridad, estratos, territorialidades; pero también líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de desestratificación las velocidades comparadas de flujo según, esas líneas generan fenómenos de retraso relativo, de viscosidad, o, al contrario, de precipitación y de ruptura."

La esencia misma del ritual, el Estereotipo y el Fenotipo de don Lucho, la mística de la ceremonia, los objetos sagrados, las palabras referidas, las miradas, los gestos corporales y en fin toda la ceremonia es un hecho aislado; es una zona de sombra de la vida social, es una línea de fuga manifestada en espacios culturales ancestrales que en conjunto y para sí mismo generan líneas de articulación y de segmentaridad; y en ella, esa extraña marca producida en el ritual chamánico por una mención religiosa que es ajena a su propia naturaleza genera otro fenómeno de precipitación y de ruptura. La aguda mirada lanzada sobre estas zonas de sombra de la vida social, en la que los sujetos hacen sus vidas se constituye actualmente en una pieza clave para un proyecto de renovación social.

La misión arqueológica es la que nos permite articular todo el sistema de conexiones, en conjunto; en multiplicidad de piezas para poder tener acceso a transgredir la concepción tradicional de regionalizar la vida por una propuesta propiamente de carácter cultural en donde la Vida, el Trabajo y el Lenguaje se conecten en un escenario múltiple y disperso disipando las identidades. Ahora, referirse a identidades fragmentarias, múltiples y discontinuas; no implica excluir la concepción de identidad en el sentido Moderno, antes bien, se trata de posibilitar la aproximación a experiencias que son no necesariamente modernas y que en definitiva han modificado nuestros modos de pertenencia y que al igual que las experiencias de la identidad, permiten repensar los discursos y las prácticas. Si bien, y con el derecho a equivocarme a esta distinción analítica, la podemos sintetizar en dos figuras de análisis cultural; lo hago sólo con el propósito de ser más explícito y con la claridad de no intentar una separación tajante entre ellas. A la primera llamaré concepciones culturales Posmodernas en oposición a las concepciones culturales Modernas a saber que la una no es etapa sustitutiva de la otra y allende las tajantes diferencias.

Veamos, las identidades modernas son propiamente territoriales y regularmente monolingüísticas, se subordinan a las Regiones y a las Etnias dentro de un espacio definido; la noción de Identidad moderna tiende a concebirse como monoidentidad o coherencia unitaria, insistiendo en las condiciones socio espaciales con relación a un territorio particular. Piensa al ciudadano fundamentalmente ligado al Estado-Nación, se articula sobre referentes jurídico políticos estatales y ubica la multiculturalidad como algo exterior y por fuera del individuo. Luego, las identidades Posmodernas tienden a ser transterritoriales y Multilingüistas, nunca son reductibles a referentes exclusivamente socio territoriales porque su visión abarca un continuo proceso de desterritorialización del territorio y una continua descodificación de la población desfigurando la referencia del Estado-Nación puesto que hay un agenciamiento relacional de múltiples escenarios.

La ubicación del ejemplo es precisa y nos permite situar en el contexto metodológico la misión arqueológica de uno de tantos acontecimientos de la vida cotidiana y que lejos de esta mirada serían sucesos aislados o impulsos de renovación Étnico-sociales; o mejor de reivindicaciones sociales, vistos parcialmente como fenómenos de retraso relativo, acontecimientos de

subordinación y el mejor de los casos; del reconocimiento de identidades Culturales.

Don Lucho en su ceremonia mezcla sus Ancestrales elementos promovido por un impulso filogenético; con los elementos culturales y quizá más políticos y sociales de una cultura ajena; sus manifestaciones no son propiamente el legado de las antiguas filiaciones. Los elementos interesantes no son entonces aquellos que constituyen el fenómeno en si, si no aquellos que se encuentran por los bordes, aquellos que se precipitan y aquellos que perforan la página del ritual.

La ceremonia continúa.

Don Lucho tomó en su mano los bazos, "Salud y buena pinta" fue lo que dijo como preámbulo a lo que estaba por suceder; yo miraba para todos lados sin temor pero como si guardara la esperanza de que nunca llegaría mi turno, fue como si deseara hacerme invisible para no ser tenido en cuenta, pero no por ello dejar de participar de la ceremonia; lo cual era imposible. Toma con su mano el sagrado liquido la señora P. y muy decidida como quien deseara calmar una fatigante sed de martirio lo bebe en dos sorbos; toma don Lucho el otro baso y me lo sirve, "su turno" me dijo, y tratando de demostrar la misma decisión con que la señora P. había asumido tal situación; lo consumí en dos sorbos casi sin tomarle sabor, esto siguiendo las indicaciones de don Lucho quien me había dicho que no intentara tomarle sabor y que simplemente lo tragué con rapidez. El turno de la muchacha que me acompañó y que a pesar de tener experiencia era ella la más insegura del grupo, aunque pensándolo bien el grupo éramos los dos; con mucho esfuerzo lo consumió, yo esperaba el turno de don Lucho y así fue, tomó el baso, rezó y con esa tranquilidad y el deseo que caracteriza a un adolescente tomando un baso de leche al desayuno, lo consumió; dándonos una demostración de simplicidad cargada con un poco de arrogancia. Tomamos luego un poco de agua en el mismo baso, agua de pétalo de rosa y nos movimos un poco torpemente por el temor de no romper el círculo en el que habíamos empezado y don lucho afirmó:

Bueno en veinte minutos nos da el efecto, entonces vamos a la fogata ahora.

Nos acomodamos alrededor del fuego que estaba por fuera de la Maloca y mientras esperábamos don lucho cantó la canción de la enramada en eterna gratitud al gran espíritu y a la planta sagrada.

La ceremonia se había partido en dos, se acababa de producir una profunda fractura en la cadena de la vida, después de estos veinte minutos ya no era nada igual para el grupo y mientras él cantaba y la señora P. rezaba, yo sentía una vulnerabilidad física que se apoderaba de todo mi ser, sentía que perdía el equilibrio, que mis extremidades se adormecían; inquieto por la lucidez mental que era lo único que aún permanecía en su sitio ya que lo demás parecía resquebrajarse, yo trataba de moverme para desvanecer esa extraña sensación, don Lucho estaba muy atento, pude notarlo y en todo esto dijo como presagiando lo que vendría, vamos a tratar de detenerlo lo más que se pueda, porque entre más lo detengamos mejor es el efecto.

Para eso cuando acabó, yo ya estaba en combate tratando de resistir unas nauseas que terminaron por doblegarme. Me levanté y con todo el cuidado para no caer, como si mi mente actuara de niñera con mi vulnerable cuerpo, me dirigí al prado y sin reserva evacué todo cuanto pude y con una agónica fatiga sentía que por mi boca se venían todas mis entrañas, sin exagerar yo escuchaba el eco de mi fatiga en las montañas y creí en ese estado que por primera vez un hombre con un ruido que no es de este mundo había logrado silenciar todo el chasquido de una noche en la selva. Realmente pensé que con la eliminación habría terminado con el efecto y hasta sentí nostalgia porque no quería decepcionar a nadie, menos a mí; no obstante, volvió la tranquilidad al ver que en segundos empezaba el desfile ya que las dos mujeres tampoco pudieron aguantar.

Aquella sensación de alivio que había percibido se fue desvaneciendo a medida que sentí lentamente que el efecto continuaba pero mi mente seguía en su lugar de niñera y a la defensiva; la señora P. y la muchacha que me acompañó se retiraron hacia los tablones y hablaban sin reserva para ellas, yo lo notaba por su expresión aunque nunca supe de qué hablaban, quedé a solas con don Lucho y después de tocar con mis manos mi piel, mi rostro, mis manos entre sí, y sentir como si fueran una colcha de terciopelo con una suavidad jamás percibida, como si el sentido del tacto sintiera sabor por lo

que toca, yo le pregunté a don Lucho que por qué él resistió y seguía resistiendo sin que se alterara su organismo, sin que diera ninguna señal de fatiga; el simplemente dijo:

No crea, a pesar de que ya tengo costumbre también me da duro.

Lanzó sobre mí una mirada como de Psiquiatra buscando la patología en el rostro del paciente que me hizo sentir una extraña culpa por dejar mi cuerpo a merced de su "sabiduría", sentí temor y traté de dirimirlo con mi mente que aún seguía en su puesto. **Cierre los ojos**, me dijo.

Y así lo hice, hay que admitirlo, la cantidad de colores que aparecieron fue algo paradisíaco, colores de todos los tonos y en todas las formas imaginables, en círculo, en cuadrícula y hasta en figuras apocalípticas; era como un infinito campo de aleteo de mariposas que llevaba cada vez más y más a un fondo sin fondo, mezclaba la visión con un ligero toque de mi piel aterciopelada y era la sensación más relajante que había sentido, tan suave era que por un momento pensé en atravesar y perforar la aterciopelada textura de mi piel; hasta que algo que escuché dentro de mí dijo: "te puedes hacer daño" era mi Mente que seguía a la defensiva. Aquí se inició otro combate que no terminaría sino al otro día, cuando todo volvería a la normalidad; yo abrí los ojos y don Lucho replicó: **Cierre los ojos**, déjese llevar.

En virtud de que ese no era mi interés, en adelante me resistí a hacerlo.

Don lucho entonaba sus canciones y las cantaba con tanta pasión que en ese ambiente bajo el efecto de la planta sagrada, él, la guitarra y el canto parecían una flor multicolor con aspecto y virtudes humanas; yo lo tenía frente a mí, miré a la señora P. y ella danzaba al compás con la música de don Lucho, parecía una hoja reseca flotando en un mar de colores, el paisaje y la vida misma bajo el poder del Chaman revelaban su encanto. Sentía muy fuerte en mis oídos el canto y la música que mejor decidí alejarme, con dificultad me levanté y cuidando de no caer me dirigí al tablado, allí donde yo unas horas atrás había encontrado los felices lugareños, la señora P. me dio la mano y me ayudó a recostar, en un lado del tablado ya estaba recostada la muchacha que decidió acompañarme, mi mente seguía lúcida así que la

resistencia a cerrar los ojos era dura, la señora P. se recostó, don Lucho se quedó un rato solo junto a la fogata y luego se acercó al tablado y se recostó sin dar ninguna muestra de debilidad, y sin embargo, mi cuerpo anestesiado por completo ya estaba desvanecido, adormecido y sentí que podría ser completamente vulnerable. Era extraño pero posible, el cuerpo y la mente se habían separado y mientras sin reparo me resistía a la aventura de chamanizar la vida, mi cuerpo ya les pertenecía; siguió una extraña sensación, mi cuerpo temblaba tan fuerte que parecía partirse el tablado; yo respiraba profundo y con fuerza y por un momento tuve la sensación de que iba a desfallecer, sentí un humano arrepentimiento, percibí que había cometido un error y que eso me costaría la vida; sentía demasiado frío, amarraba mis manos con los bolsillos del pantalón y no pude evitar recordar a la señora P. cuando me recomendó llevar un cobija; recordar era cosa buena aunque se sienta que el cuerpo se le muere.

No se a qué hora recobré una calma muy parecida al cansancio físico, era un extraño letargo y una rara sensación de relajamiento; debió ser parte del ritual, yo me quedé muy quieto y pensando en la condición de los demás; eso sí, con la misma decisión que había tomado de no cerrar los ojos. Sentí un alivio al saber que había salido de la fatídica experiencia y aunque mi cuerpo volvía de su idílica aventura mi mente seguía firme y en su sitio; aireando mi cuerpo. Debo admitir que si esto fue un combate en un indescriptible e indescifrable campo de batalla; no me sentí derrotado.

No recuerdo la hora y por lo atento que estaba del ambiente, las aves aún no daban señales de su tradicional madrugueo, escuchaba los misteriosos crujidos del tablado producidos por el movimiento de los acompañantes que también deberían estar en mi situación; la voz de don Lucho interrumpió el silencio y como si apareciéramos de la nada y en conjunto se inició un ir y venir de opiniones y atenciones que provocaban las increíbles historias de don Lucho que duraron hasta que las interrumpió el improvisado canto del gallo de roca; sentí mucha alegría por el anuncio de aquella extraña ave que por su canto, sólo me atreví a imaginar y como si su melodioso canto hubiera sido una imitación de la estrategia que una madre utiliza para hacer dormir a su hijo; me quedé solo escuchando huracanados vientos y estrepitosos relámpagos de una tormenta que se desarrollaba en mi estómago, mientras el resto fiel a la señal dormían.

Debieron ser como las 5:30 cuando me levanté con el sigilo de no despertar a nadie y salí a caminar con el propósito de reconocer muy bien el lugar, después de un buen rato la voz de don Lucho me sorprendió nuevamente y me dijo recostado sobre una percutida hamaca:

Buen día, como está usted... bien no.

Está tranquilo....si no.

Cómo se siente, aliviado, como tranquilo, no es cierto.

Fue muy curioso, pero ni siquiera me dio tiempo de responderle, él preguntaba e inmediatamente después se daba él mismo la respuesta; así que sólo me limité a decir: "pues sí", mientras aprovechaba la oportunidad para poder observarlo muy bien, no estaba equivocado, era tal y como lo había descrito, la silueta en un oscura noche a la luz de una veladora bajo el hechizo de la Maloca y el chasquido de los inquietos insectos. Así se fueron despertando todos y entre las misteriosas historias de don Lucho, las continuas interrupciones de la señora P. y el expresivo cansancio del grupo que en realidad sólo éramos dos; llegó la mañana y con ella la cesión final de la ceremonia que según don Lucho consistía en una limpieza del cuerpo.

Después de todo estábamos a punto de salir al lado común de la vida, estábamos a pocos minutos de abandonar ese espacio vital desde donde se puede ver la vida como algo diferente; dejar el sitio donde la condición primaria establece que somos diferencia y no identidad, que nuestro yo es la diferencia de las máscaras y nuestra milenaria memoria la diferencia de los tiempos, hacía irresistible el ritual final y no lo cuento porque esos escasos minutos en la mañana de aquel día le dieron más encanto y lo hicieron más extenso que lo que pasó en esa noche. Lo dejo en la imaginación de ustedes; por que lo que a diario nos pasa debe siempre estar lleno de imaginación para tener testimonio y poder recorrer como el demonio feliz de Arguedas, las regiones Culturales.

AD 25
Años
1979
2004

